

—De madrugada cantaste; sería en sueños porque entonabasla *nea*.

Isabel entonces le toma el brazo para que entre en su cuartito y mostrándole la cama dice:

—Mira.

—¡Un niño!

—Sí; un jayón.

—¿Cuándo?

—Anoche, a toda ventisca, *le corrieron* al pobre ángel mío. Me avisó llorando.

—Y es galán, el inocente.... ¿qué piensas hacer?

—Declararlo a la justicia y pedir licencia para criarle.

—¿Tú?

—¡Yo!....

La noticia maravilló a la gente. Isabel, la viuda solitaria y taciturna, sin apoyo ninguno varonil, iba a adoptar un jayoncito.

Era curioso y admirable advertir el entusiasmo que puso en llevarle a la Iglesia muy compuesto para el bautizo, y en cantarle y mecerle como en sus preciosos días juveniles, bajo una suerte de resurrección maternal.

Ella sirvió de madrina al huerfanito, repitiendo en él un adorado nombre, mudo en su boca largo tiempo hacía. Y siempre resonante en su alma: como esos vientos altanos que vuelan silenciosos.

Mujer de campo y desolaciones, de continuo inclinada sobre el único espejo de la Naturaleza, vuelve a sentir como un regalo el sagrativo perfume de la lluvia y a recoger con delicada gratitud el oro fugaz de las estrellas en el río. También por eso a rezar y a cantar mejor que nunca. Hasta que una tarde, ya bien cuajada la primavera, todo el pueblo se admira de un acontecimiento que milagro parece.

El cartero rural trae, por fin, una lejana misiva para Isabel; es la carta codiciada muchos años; la «squel» tantas veces releída en sueños por las madres aldeanas, delirantes por el hijo expatriado.

Y el papel prodigioso conduce numerosas noticias de caudales y de regreso. Viene a ser una escritura toda «signada» con rasgos de alegría.

Entonces Isabel se vuelve a hinojar en el secreto de su alcoba a los pies de la Virgen, con sollozante delicia. Y la palabra feliz del ausente resuena en el corazón de la madre con la dulzura de un premio celestial, una voz melodiosa acaso entrañada por el fresco timbre de un vagido.

Como el que pidió albergue a la puerta de la madrina aquella noche memorable.



CONCHA ESPINA